

haciendo las diligencias en conseguir providencias para estas conquistas. Y siendo así que todavía faltaban muchos meses para el tiempo de la salida del barco de San Blas, hizo fuga á la honra que le querian dar para el puerto de San Blas, con lo que evitó la ocasion de ponerse en peligro de haber de admitir la guardiana.

Quedan ya insinuadas las diligencias que practicó para huir de las mayores honras que le vaticinaban, como tambien consta de su apostólico celo en aumento de estos nuevos establecimientos. Vióse dos años antes de morir apurado por lo mucho se que atrasaba esta conquista, y que los que debian dar todo calor y fomento practicaban lo contrario, atrasando y destruyendo las misiones, así en lo espiritual como temporal. Y manifestándose el dolor que le causaba en su corazón, le dije: "Mi padre lector, no seria malo, sine muy conveniente, que vuestra reverencia escribiese al excelentísimo señor Galvez, que actualmente se halla de ministro y puede tanto con el rey; que haciéndole presente el estado en que nos hallamos, y que supuesto que su excelencia fué el primer móvil de esta conquista, intervenga con su majestad para su conservacion y aumento." A lo que respondió con un tierno suspiro: "Si este señor no pudiese tanto como puede, le escribiera; pero como puede tanto, no quisiera supiese que todavía vivo; encomendémoslo á Dios, que todo lo puede." Cuya expresion toda se dirigia á lo que años antes decian se le esperaba una grande honra, y por huir de lo que podia suceder, queria reputarse como ya difunto.

§ II.

VIRTUDES CARDINALES.

Formado el cimiento del espiritual edificio, que es la virtud de la humildad, se sigue levantar robustas columnas que puedan sostener la suntuosa fábrica de la perfeccion cristiana. En sentir de san Bernardo, son estas columnas las cuatro principales virtudes cardinales, llamadas así porque son como los quicios de la perfeccion. La primera de estas virtudes es la

PRUDENCIA.

Que es la que regula todas las demás virtudes, y por esto si en las otras se experimenta la heroicidad, se hace preciso que ella lo sea. Es esta la sal que todo lo sazona, y para sazonarlo todo, de modo que se proporcione á diversos paladares, se ve cuán heroica deba ser la virtud de la prudencia. Hablando de ella san Antonio Abad en una espiritual conferencia con sus hijos, después de oír sus pareceres, dió el suyo el santo diciendo: que la prudencia era entre todas las virtudes la mas necesaria; porque esta enseña á

elejir el medio entre los extremos, que casi siempre son viciosos. Esta nobilísima virtud resplandeció en gran manera en el siervo de Dios fray Junipero. Así lo manifestó el acertado régimen de sus acciones propias y la direccion de las ajenas, con que gobernó su espíritu, unido siempre al sumo bien, desviándose de los precipicios, para no tropezar en los riesgos; y alumbró con discrecion á los prójimos que lo consultaban en sus dudas, así en el confesonario como fuera de él; quedando todos muy consolados con sus doctos y prudentes pareceres, dirigidos siempre al bien espiritual de sus almas.

Fué su modestia singular, sin afectacion su humildad, sin hazañeria, sin altivez, sin hipocresia su devocion, y su religiosa llaneza sin resabio alguno de relajacion: fué siempre docilísimo y desconfiado de sí mismo para el acierto de sus dictámenes, por cuyo motivo consultaba siempre con sus compañeros, aunque fuesen los menos antiguos, mas nuevos en el ejercicio, valiéndose del pretexto del comuz adagio, que mas ven cuatro ojos que dos, principalmente en los asuntos gravísimos, que fueron muchos los que se le ofrecieron, así en las conquistas de la Sierra Gorda como mucho mas en las Californias y en las conquistas de Monterey, procurando consultar mientras habia lugar á los prelatos del colegio y al venerable discretorio de él, remitiéndoles copia de las cartas que recibia de los excelentísimos señores vireyes, comandantes generales y gobernadores de las provincias, remitiendo al mismo tiempo sus respuestas, para que antes de entregarse á dichos señores, se leyesen por el prelado y padres discretos, conformándose con sus prudentes pareceres, desconfiando de sí mismo, suplicándoles que antes borrasen lo que les pareciera conveniente, nivelando hasta lo mas mínimo por el dictámen ajeno, para distinguir mas seguramente lo verdadero de lo falso, lo bueno de lo malo y lo provechoso de lo nocivo, sujetándose al dictámen ajeno.

No obstante de haberlo adornado Dios de cuantas partes componen á esta prenda de la naturaleza, de inteligencia, circunspeccion, cautela, experiencia y agudeza, como por su humildad profundísima no conocia en sí tales prendas, recurria al dictámen ajeno, principalmente al del prelado. Consiguio con este y su industria continuos aciertos en cuantos negocios gravísimos se le ofrecieron en las conquistas, dejándolas en tal estado, que dejan admirados á cuantos han visto y leído el feliz progreso de ellas en tan breve tiempo de fundadas.

No es menor prueba de su heroica prudencia el haberse mantenido tantos años de presidente superior de una comunidad tan repartida, en el tramo de mas de doscientas leguas, tan apartados unos de otros, y de la vista de su prelado, que podian entibiarse; pero era tal la prudencia del fervoroso prelado, que tuvo siempre á sus

súbditos muy contentos y conformes á sus disposiciones, de modo que no hubo la menor queja contra dicho venerado prelado. Mantuvo siempre á todos sus súbditos muy contentos en la mision á que los destinaba, á quienes solia visitar una vez al año mientras que le fué posible, con cuya visita quedaban todos consolados, alegres y fervorosos en el apostólico ministerio, descansando bajo de su frondosa sombra, de modo que podiamos decir lo que de Elias dice el sagrado texto, cap. 16, lib. 3, Reg., v. 5, que dormiamos y descansábamos en todo bajo la sombra del Junipero: *Procegitque se et ab dormivit in umbra Juniperi*: que aunque árbol de estatura pequeña, y todos nosotros extendidos en el tramo de mas de doscientas leguas, no obstante que por corresponder chica sombra proporcionada al árbol, nos cubria á todos con sus continuos y eficaces consejos, que con su bien cortada pluma incesantemente nos daba; cuyos consejos, no solo nos dirigia, sino tambien que á todos con ellos nos dejaba consolados y animados para la conversion de los gentiles y para los adelantamientos espirituales y temporales de la mision.

Este especialísimo don de consejo, efecto de la prudencia, no solo lo experimentamos en este siervo de Dios nosotros sus súbditos, sino cuantos lo consultaban, quedando todos edificados y convencidos de la evidencia con que les hacia ver la razon, para salir de sus dudas.

JUSTICIA.

La segunda de las virtudes cardinales es la justicia, segunda columna de la fábrica del edificio espiritual; de la que hablando san Anselmo (in lib. Cur Deus homo), dice que es una libertad del ánimo varonil, que da á cada uno su propia dignidad: al mayor da reverencia, al igual paz y concordia, al menor doctrina y consejo, obediencia á Dios, santificación á sí mismo, al enemigo paciencia y al necesitado laboriosa misericordia: *Justitia est anima libertas, tribuens unicuique suam propriam dignitatem: majori reverentiam, pari concordiam, minori disciplinam, Deo obedientiam, sibi sanctimoniam, inimico, patientiam, egeno operosam misericordiam.*

Esta virtud con todos sus actos que refiere san Anselmo, la tuvo y practicó el venerable fray Junipero, atendiendo á todos segun la dignidad de cada uno, dando al mayor toda reverencia, á los iguales paz y concordia, á los menores doctrina y enseñanza, á Dios la debida obediencia, á sí mismo rectitud en sus obras, al contrario que le impedía los fervorosos deseos, paciencia, y al pobre y necesitado laboriosa misericordia.

En toda su vida procuró toda la reverencia debida desde niño á sus padres, en la religion á todos sus superiores, venerándolos con la mayor sumision, obedeciendo á cuanto se le insinuaba ó mandaba, siendo en este punto bastantemente mirado,

por no faltar en lo mas mínimo á la voluntad del prelado. Bastante prueba es la carta que me escribió desde el pueblo de Tepic, que queda copiada en el cap. 33.

Prueba tambien lo que practicó con un gran bienhechor, así del colegio como de las nuevas conquistas, que estando en la actual fundacion de la mision de nuestro padre San Francisco, le pidió le enviase un informe individual de cuanto habia en aquel puerto y de lo que pasase en las dos misiones y del fuerte ó presidio, suplicándole fuese con bastante extension. Al mismo tiempo recibió carta del prelado en que le mandaba no se informase á los seculares, y así lo cumplió, enviando la misma carta de dicho bienhechor al prelado, diciéndole: "que habia recibido al mismo tiempo su carta, y estaba tan pronto á obedecer sus órdenes, que ni aun contestaba al bienhechor de haber recibido su carta; pero me alegraria mucho que supuesto tiene su reverencia informe de todo, el que satisfaga al bienhechor y le dé alguna excusa por no haberle yo escrito por muy ocupado, como en la verdad lo estoy."

No obstante que del contenido de dicha carta podia entender el padre presidente que no le comprendia á él, sino á los particulares, no quiso interpretar el contexto de ella, sino entenderla á la letra, como si solo á él se le escribiese; pero en breve conoció podia haberse desengañado, pues vió la respuesta del prelado que no hablaba con tanto aprieto; sino que él podia informar privadamente con toda verdad á los sujetos que juzgase conveniente como prelado, para el bien de la conquista; pero no los particulares, que podian informar lo que ignoran, y solo dicen lo que oyen á los soldados, que nada entienden con formalidad.

En otra ocasion recibió carta tambien del prelado, en que disponia se suspendiesen las misiones de la canal, por los motivos que le expresaba, en ocasion que ya estaba la una de las tres fundadas. Y como era tan tímido en no faltar en lo mas mínimo á la voluntad del prelado, empezó á recelar si seria faltar á ella si se proseguia la mision, ó si debia mandar suspenderla; y no se aquietó hasta que tuvo el parecer de los misioneros mas inmediatos, que le respondieron que no se comprendia la mision fundada antes de recibir el orden, si solo á los dos que todavía no se habia dado mano á ellas, como mas largamente queda dicho en el cap. 55.

Con todos procuró siempre tener grande paz y concordia, tratando no solo á los iguales, sino aun á los mas mínimos con mucha afabilidad y amor paternal, dando á todos doctrina y enseñanza, dirigiéndolos para el cielo con sus saludables consejos y clara doctrina, como queda largamente expresado en su vida. En todo y por todo procuró siempre tener á la vista la ley santa de Dios, sus divinos preceptos, los de la santa Iglesia y los de nuestra seráfica y apostólica regla, obser-

vando todos los dichos preceptos, para no faltar á la obediencia de Dios y conservar para sí la justicia, santificación ó santimonia; *sibi sanctimoniam*.

Y de tal manera procuraba esta virtud en todas las acciones y obras, y al parecer pensamientos, que todo lo que en él se veía, oía y experimentaba, todo era dirigido á Dios y al bien del prójimo. Siempre sus conversaciones y pláticas eran edificantes; y si se hablaba de ausentes, que podria entibiar la caridad del prójimo, procuraba desviar la conversacion ó decir claramente: *no hablemos de esto, que me causa pena*; de modo, que podriamos decir de él lo que de la sombra del árbol de su nombre dijo Plinio, citado de Nicolás de Lyra, lib. 3, Reg. cap. 19, v. 5, que ahuyenta las serpientes y todo animal ponzoñoso: *Juniperus arbor est crescens in desertis, cujus umbram serpentes fugiunt. Sed in umbra ejus homines secure dormiunt*. Esto mismo experimentábamos en la presencia de nuestro Junipero, pues en su presencia ni se oía ni se podia hablar palabra que no fuese edificante. Y si alguno se desmandaba, en el semblante manifestaba luego la repugnancia de tal conversacion, que servia de correccion, y se mudaba luego la plática, pasándola á tratar de lo que siempre tenia en su corazon y en la mente, que era el aumento de la conversion de los gentiles.

Otro acto de la virtud de la justicia cuenta san Anselmo, que es tener paciencia con el enemigo: *inimico patientiam*. No tuvo este siervo de Dios mas enemigo que el que conocia ó le constaba ser enemigo de Dios, ó que veia que impedía con sus hechos la propagacion de la fe y conversion del gentilismo. Portábase con los primeros con amorosas amonestaciones, con pláticas y sermones para hacerlos amigos de Dios, y con los segundos nunca daba á entender estuviere sentido de ellos, que procuraba poco á poco hacerlos agentes y coadjutores de santa obra, con cuya paciencia solian muchos conseguir el efecto deseado, y con los otros que no coadyuvaban, no manifestaba el sentimiento, sino que desahogaba su pena con decir: *no será la voluntad de Dios todavía, no estará de sazón la mies, Dios dispondrá lo que fuere de su agrado*, procurando de su parte hacer á los tales cuantos bienes podia.

Bien lo experimentó el oficial que le ocasionó el trabajo de ida y vuelta á Méjico en solicitud de providencias favorables para la propagacion de la fe y conservacion de los nuevos establecimientos, de quien determinó la real junta se retirase del mandato. Y estando para salir de Monterey, llegado el nuevo comandante, temeroso no ser mal recibido de su excelencia, valiéndose de uno de los misioneros muy estimado del venerable padre presidente, le pidió una carta de recomendacion para el señor virey. Y respondiendo que con mucho gusto lo haria, lo practicó con tanta caridad y con tal sigilo, que no qui-

so que el recomendado supiese el contenido, pues la envió cerrada y por otro conducto; y en cuanto llegó á Méjico vió el efecto de la carta, pues le entregó su excelencia una compañía con el baston de capitan de ella, quedando su excelencia muy edificado de la caridad del venerable padre Junipero, viendo que olvidando que le habia hecho padecer en ida y vuelta de Méjico tantos trabajos, le correspondió cediendo para sus ascensos, así el mérito de dichos trabajos como todos los demás que habia padecido, y méritos que su reverencia habia contraido en estas conquistas. Así lo leyó en la carta respuesta de su excelencia que tengo á la vista y dice así:

“En carta de 19 de junio último expuso vuestra reverencia la pena que le daba ver despojando del mando de esos establecimientos al oficial que antes estaba mandando, y á estímulos de su fervorosa piedad recomienda su mérito, aplicándole los servicios que por sí propio ha contraido, para dar mas valor á los suyos. Este oficial llegó aquí enfermo; y siempre que haya arbitrio conocerá en mi atencion la que me ha merecido una accion tan pia, honesta y religiosa como la que vuestra reverencia me manifiesta, deseoso de contribuir á las satisfacciones de este interesado.—Dios guarde á vuestra reverencia muchos años. Méjico, 2 de enero de 1775.—El bailío frey don Antonio Bucareli y Ursúa.—Reverendo padre fray Junipero Serra.”

Otros varios casos podria referir, que omito para dar lugar á lo que falta de las demás virtudes. Y pasando al último acto que refiere de la justicia San Anselmo: *egeno operosam misericordiam*: en ambas conquistas en que tan gloriosamente trabajó este infatigable operario, así en la Sierra Gorda de la nacion pame como en la antigua y nueva California, tuvo un campo muy abierto para ejercitarse en este acto de la virtud de la justicia: *egeno operosam misericordiam*; pues los habitantes de ambas conquistas eran todos unos pobres miserables y necesitados de un todo, así para mantenerse como para cubrir su desnudez, con quienes tuvo bastante que ejercitar las obras de misericordia, así espirituales como corporales, pues no solo empleó todo su talento para su reduccion, instruccion y demás ministerios espirituales, sino que tambien todo su conato era en solicitarles para comer y que vestir, gastando todo el sínodo que da su majestad á los misioneros; y no siendo suficiente, solicitaba limosnas de bienhechores y aplicaba las misas para dicho fin. Y á fin de que los convertidos lograsen este subsidio con mas abundancia y con subsistencia, les instruyó en las siembras, para lograr cosechas de las principales semillas para mantenerse, y de fabricar alguna ropa para vestirse, como queda dicho.

La mayor pena que daba al compasivo corazon de este siervo de Dios, era el no tener que

dar á los pobres indios tan necesitados, procurando consolarlos con amorosas palabras, repartiéndoles por su propia mano la comida, aun aquella que para sí necesitaba, y lo mismo hacia de la poca ropa, por sus propias manos cortaba las camisas y enaguas, como tambien cotones y calzones para los muchachos, y por sus propias manos se amañaba á coser para instruir á los neófitos; como que en breve aprendieron. Este ejercicio le duró todo el tiempo que permaneció en el ministerio, hasta tres dias antes de morir; en mi presencia estuvo en esta faena de cortar y reparar ropa.

Y cuatro dias antes de su muerte, estando juntos, entró una india vieja de mas de ochenta años, neófito, que en cuanto nos saludó, se levantó el venerable padre, y metiéndose en el cuarto donde dormia, sacó una frazada camera y la regaló á la vieja. Sonriéndome yo, le dije: *¿qué le va á pagar las gallinas?* me acompañó en la risa diciéndome que sí. El motivo de la risa de ambos era, que dicha india siendo todavía gentil, recién fundada la mision de San Carlos, no teniendo la mision mas de una gallina con sus pollos para procrear, instruyó á un nietecito suyo á que matase los pollos con su arquito, como lo hacia, y entre ambos se los comian, y hallada en el hurto, le pusieron por distintivo la vieja de las gallinas, y esto le motivó á reir; pero él cumplió con el acto y obra de misericordia ya dicho, cuya accion tan caritativa, dió motivo á que en su muerte no se le hallase en la cama sobre las desnudas tablas mas que media frazada, como queda dicho arriba.

FORTALEZA.

Hablando de esta heroica virtud san Ambrosio, citado de mi seráfico doctor san Buenaventura (lib. 2, peca. c. 31), dice: fuerte es aquel que se consuela padeciendo algun dolor: *est fortis qui se in dolore aliquo consolatur*. Grandes fueron y continuos los dolores que padeció el siervo de Dios fray Junipero por la llaga del pié é hinchazon de la pierna, que padeció desde el año 49 hasta la muerte, como queda arriba dicho; pero nunca se quejó y solo lo manifestaba cuando le impedía sus correrías apostólicas, ó cuando le impedía el poder celebrar el santo sacrificio de la misa, como se vió á la salida de la antigua California, subiendo con la expedicion para la nueva y setentrional, que fué la única vez que solicitó algun medicamento para lograr el deseado fin de ver fijada la santa cruz en el primer puerto de San Diego, y fué el bestial medicamento que ya queda dicho, capítulo 15. En las demás ocasiones, no obstante de ser grandes los dolores, parece que en ellos tenia su consuelo, olvidando el solicitar medicamentos. Y las veces que se proporcionaba ocasion de facultativos y medicamentos, como fué á la ida de Méjico y cuando venian los barcos á

aquellos nuevos establecimientos, trayendo sus cirujanos reales, que le ofrecian gustosos el sanarlo, les respondia: dejémoslo, que ya es llaga vieja y necesita de cura larga; y apurándolo uno de sus amados compañeros en una de estas ocasiones, les respondió: *medicinam carnalem nunquam exhibui corpori meo*.

Lo mismo practicaba en los graves dolores de pecho que padecia, sin duda ocasionados de los golpes de piedra que se daba en los actos de contricion con que finalizaba los sermones, como tambien de apagar en su pecho desnudo la hacha encendida, á imitacion de san Juan Capistrano, que apagándose la solia arrancar un pedazo de cuero, de lo que varias veces le resultó quedar muy mal herido; y ninguno de estos dolores le hacia abrir la boca para la menor queja ni para solicitar medicamento, pues parecia tenia en estos dolores todo su consuelo, efecto de su fortaleza: *Est fortis qui se in dolore aliquo consolatur*.

Y prosiguiendo el citado san Ambrosio, dice de esta virtud: ciertamente con razon se llama fortaleza la de aquel que se vence á sí mismo y reprime la ira: *et revera jure ea fortitudo vocatur, qua unusquisque seipsum vincit iram continet*. Vencióse el venerable padre á sí mismo, reprimiendo todo movimiento de ira, de modo que parecia nada le inmutaba, sino el ver ofendido á Dios por los pecadores y cuando reparaba se impedía la propagacion de la fe. Aun esto que lo inmutaba, reprimia con fervorosos actos de resignacion á la voluntad de Dios, cuya conformidad solia expresar con algun suspiro con estas palabras: *Dejémoslo todo á Dios; hágase en todo su santísima voluntad*; y estos actos tan heroicos parece que contenian todo lo irascible, quedando pacífico é inmutable como si tal cosa hubiese sucedido; y en breve veia el efecto de esta resignacion, ya por la reduccion de los pecadores, amonestados del siervo de Dios, que se le rendian á sus piés pidiendo confesion, como de los gentiles que movidos de lo alto, le pedian el santo bautismo.

Prosigue el mismo san Ambrosio hablando del varon fuerte ó adornado de la virtud de la fortaleza, y dice, que con halagos ningunos se ablanda ó desvia de lo empezado: *Nullis illecebris emollitur, atque inflectitur*. Así lo dió á entender desde la vocacion con que lo movió Dios á venir á emplear su vida en la conversion de los gentiles, que en cuanto supieron los reverendos padres que entonces gobernaban esa santa provincia su vocacion y vieron tenia ya la patente, le ofrecieron no saliese de la provincia, que está en el inmediato capítulo lo haria custodio, no obstante de hallarse jóven y ocupado con la cátedra, que nada de esto se oponia ni era incompatible; pero ni estos halagos, ni otros mayores empleos que se le podian poner á la vista, ni la mucha estimacion, así dentro como fuera de la provincia,

fueron bastantes para ablandarlo ni hacerlo retroceder de la vocacion; ni menos el considerar la pena grande que causaria su salida á sus ancianos padres; sino que revestido su corazon de la fortaleza, lo dejó todo para emplearse en la conversion de las almas; por lo que podemos decir de este siervo de Dios lo de san Ambrosio, que *nullis illecebris emollitur, atque inflectitur*.

Concluye san Ambrosio lo heroico de esta virtud diciendo que el varon fuerte ni se conturba con lo adverso; ni con lo favorable se enzalza: *non adversis perturbatur, non extollitur secundis*. Era tal su fortaleza, que en cuantos casos sucedian, ya favorables, ya adversos á la conquista, siempre se manifestó como inmóvil, siempre de un mismo ánimo y puesto su corazon y confianza en el Señor, quien de ordinario lo consolaba, cumpliéndole, después de haber probado su fortaleza, sus fervorosos deseos. Así se ve en lo que queda referido al principio de esta conquista en su primera mision de San Diego, capítulo 20, que aunque el comandante con todo el cuerpo de la expedicion tenia determinado el desamparar el primer puesto del puerto de San Diego y hacer la retirada para la antigua California por la falta de víveres, señalando dia para ello si no llegaba el barco para el dia de señor san José, resolvió el siervo de Dios no dejar el puesto aunque todos se retirasen, causándole grandísima pena y dolor la determinacion de la expedicion; pero siempre confiando en Dios que no se verificaria la retirada, como de facto así sucedió, pues el mismo dia del santísimo patriarca se divisó el barco, con lo que se resolvió lo contrario y siguió felizmente la conquista, debiéndose á su magnanimidad y fortaleza.

Con esta misma virtud consiguió la reedificacion de la dicha mision de San Diego después de incendiada por los bárbaros gentiles que quitaron la vida tan inhumanamente á uno de los dos misioneros, llamado fray Luis Jaime, como queda dicho con bastante extension en el capítulo 40, que hallando en el comandante una total repugnancia para la reedificacion, negando aun la escolta de los soldados de la mision, no desmayó el fervoroso padre, sino que clamando á Dios para el efecto, lo consoló el Señor el dia del príncipe san Miguel. Otros varios casos podria referir que omito, y creo bastará el decir que nunca retrocedió de aquel fervoroso celo de la propagacion de la fe, atropellando cualquiera dificultad que le pusiesen delante, facilitándose todo el santo fin á que se dirigia; que aunque para muchos parecia indiscreto celo, pero el efecto tan favorable que se seguia de la propagacion de la fe sin la menor desgracia, hacia ver no ser indiscreto su celo, sino muy agradable al Señor, que conoce los interiores de cada uno.

Nunca el miedo de perder la vida en manos de los bárbaros le hizo volver atrás; solo lo contenia tal cual vez la consideracion de los malos efectos

que podian resultar de perder la vida en manos de aquellos á que habia venido á darles la vida espiritual; y solia muchas veces decir, que de quitar la vida á los padres, aunque quedaria regada la tierra; pero la tropa militar querria vengar la muerte; de lo que resultaria la perdicion de muchos infelices indios y la apostasia de los demás, dejando la mision despoblada, como se vió en la de San Diego.

Esta mira parece que le movió en la mision de la Sierra Gorda el huir de este peligro. Fué el caso, que estando una noche con su compañero; que entonces lo era el que actualmente es obispo de Mérida de Maracaibo, el ilustrísimo señor don fray Juan Ramos de Lora, sentados ambos en las gradas de la cruz del cementerio de su mision, Santiago de Jalpan, como á las ocho de la noche, tomando el fresco, de repente dijo al dicho padre su compañero: quitémonos de aquí; vamos adentro, que no estamos seguros. Así lo practicaron, y el siguiente dia supieron por cierto le iban á quitar la vida, de modo que si no se quitan, ambos allí habrian muerto.

En otras muchas ocasiones atropelló con todos los peligros, como se vió al tránsito de la mision de San Gabriel al sitio de San Juan Capistrano, que pasaba á su fundacion, que como queda dicho, capítulo 43, se vió en evidente peligro de la muerte, por haberse arriesgado á cruzar el tramo todo poblado de bárbaros con un solo soldado. Lo mismo practicó innumerables veces en tantos viajes como anduvo, de manera que podriamos decir de él lo que del varon fuerte dice san Agustin, que ni temerariamente acomete ni sin reflexion teme: *Qui vera virtute fortis est, nec temere audet, nec inconsulte timet*. (Aug. Epist. 29, ad Hieroni. ante med. tom. 2.)

TEMPLANZA.

La última de las cuatro columnas del espiritual edificio es la cuarta de las virtudes cardinales, llamada templanza, que en sentir de san Agustin, lib. 1, de lib. arb. cap. 13, col. 580, es un afecto que pone modo y freno á todas las pasiones desordenadas: *Temperantia est affectio coercens, et cohibens appetitum ab iis rebus que turpiter appetuntur*. Y hablando san Próspero de los efectos que causa esta noble virtud en el alma adornada de ella, dice, lib. 3, de Vit. contemp. cap. 19, pag. 92, que hace templado templando los afectos del que los posee: *Temperantia temperantem facit, affectus temperant*.

Todo el afecto de este siervo de Dios al parecer se dirigia á la propagacion de la fe y aumento de misiones, para lo que ponía todos los medios posibles, ya con exhortaciones de palabra, ya con cartas edificantes, solicitando medios y auxilios para tan santo fin, y con tanta eficacia y repeticion de súplicas, que á los menos afectos pare-

cia importuno; pero sufría con mucha paciencia dicha nota, con tal que lograrse el fin de aumentar dichas misiones, saliendo de su boca muy de ordinario: *gracias á Dios que hasta ahora no hay mision alguna que no tenga hijos al cielo*. Viendo en el padre Junipero tanta eficacia en pretender nuevas fundaciones, no faltaron sugetos de categoria y carácter que dijeron de él: *Es el padre Junipero un varon santo; pero en el asunto de pedir fundaciones es santo pesado*; pero en este afecto tan extraordinario se templaba atemperándose á los medios y fuerzas que se le proporcionaban, conformándose en todo á la voluntad divina y de los prelados.

Así se vió en la pretension de la fundacion de las tres misiones de la canal de Santa Bárbara, que enviando el excelentísimo señor don fray Antonio Maria Bucareli suficiente tropa para ella y lo demás necesario, y carta al señor gobernador de aquellos establecimientos, de que se pusiese en acuerdo con el reverendo padre Junipero para las fundaciones, recibió al mismo tiempo dicho venerable padre carta del prelado del colegio, que le decia tuviese presente la inopia de misioneros en que se hallaba el colegio, á causa de no haber llegado la mision de España. Esta leve insinuacion fué bastante para templar su afecto á dichas fundaciones, pues ya no trató de tal asunto, esperando siempre el socorro de misioneros con la llegada de la mision de España. Pero viendo que el año de 83 no habia noticia de tal mision, y lo mismo el siguiente de 84, lo mismo fué llegar los barcos con la noticia de no venir padres ni haber llegado la mision, parece que le llegó el aviso de su cercana muerte, como queda dicho, capítulo 57.

Continuando el citado san Próspero los efectos de dicha virtud, dice que hace abstinentem, parco, sobrio y moderado: *abstemium, parcum, sobrium, moderatum*. Tan abstinentem era este siervo de Dios, tan parco, tan sobrio y moderado en la comida y bebida, que con poco ó casi nada se contentaba, como lo dió á entender en la carta que me escribió y queda copiada en la vida, capítulo 19, que para ponderar no padecer necesidad, me decia, que teniendo una tortillita que no pasara de dos onzas, si se que llegara, y yerbas silvestres del campo, ¿qué mas nos queremos? Carne pocas veces la probaba, contentándose con las yerbas que acompañaban la racion, y con fruta siempre que la habia, que entonces era solo la comida. Y diciéndole yo cómo no comia, me respondia: *¿pues y qué es lo que hago? Esta y el pescado es la comida que tomaba la Virgen santísima*. Parece que esta consideracion le causaba una extraordinaria aficion á la fruta y pescado, de modo que mientras habia pescado comia como los demás; pero la carne siempre la miraba con mucha repugnancia, y solia dar por excusa á los que advertian que no la comia, el que no podia mascarla. Jamás se quejó de la comida;

nunca dijo si estaba salada ó dulce, buena ó mala, que parecia á todos carecia de gusto.

Era parco en la comida: estando en el colegio, muchos dias á la mitad de la comida se levantaba del asiento y subia al púlpito á leer en la mesa. Y estando en las misiones guardaba la misma moderacion en la comida, sin comer jamás á deshora, sino en las señaladas, de modo que se le conocia estaba adornado de la virtud de la templanza por los efectos que de esta virtud se le veian practicar, que en sentir de san Pedro Celestino (Opúsc. 1, part. 5, cap. 4), son otras tantas virtudes.

De tal manera, que en todas sus acciones exteriores dió pruebas muy eficaces de ser un varon adornado de honestidad y modestia, de sobriedad y abstinencia, de pureza y castidad, recato y pudicia. Así lo manifestó en la mortificacion de sus sentidos y potencias, en la pobreza y desnudez de hábito, en la suavidad de sus palabras tan medidas, en sus pasos graves sin afectacion, y en sus ayunos casi continuos y rigurosos; efectos todo de la templanza, según san Próspero, si no es que digamos con el citado san Pedro Celestino y el angélico doctor santo Tomás (2, 2, q. 131, art. 1), que son otras tantas virtudes, piedras preciosas de que se compone la cerca del espiritual edificio.

No le faltaron á este siervo de Dios los demás efectos de la virtud de la templanza que enumera san Próspero, ni las otras partes ya integrales, ya potenciales y subjetivas, que refiere santo Tomás en el citado lugar. Fué serio desde niño, ceya seriedad conservó toda su vida, de tal modo que á la vista parecia de un genio adusto y casi intratable; pero lo mismo era comunicarlo y tratarlo, que mudar de concepto, teniéndolo ya por suave, dulce y atractivo, llevándose los corazones de todos para el afecto. Era asimismo muy vergonzoso, principalmente con todos los que no habia tratado; pero habiendo mujeres en su presencia, siempre continuaba la seriedad y modestia, así en la vista como en el habla, procurando introducir la conversacion mística y ejemplar, refiriendo algunos pasos de las vidas y hechos de ellos, con el fin sin duda de introducir en sus corazones la devocion é imitacion de los santos, pues estos eran sus fervorosos deseos, efecto de la templanza: *desideria sancta multiplicat*, que dice San Próspero. Y no se contentaba el siervo de Dios de multiplicarlos en sí, sino tambien en los prójimos que á él se le arrimaban.

Cuenta el citado san Próspero entre los efectos de la templanza la penitencia: *viliosa castigat*; y de tal manera ejercitaba fray Junipero esta virtud, que para mortificar su cuerpo no se contentaba con los ejercicios ordinarios del colegio de disciplinas, vigiliias y ayunos, sino que á solas maceraba su cuerpo con ásperos silicios, ya de cerdas, ya de tejidos de punta de alambres con que cubria su cuerpo, como con disciplinas de sangre, á lo mas

silencioso de la noche, retirándose en una de las tribunas del coro. Pero aunque lugar tan secreto y en hora tan silenciosa, no faltaban religiosos que oyesen los crueles golpes, ni menos faltó curioso que deseando saber quién era, perdió el tiempo para salir de la dificultad, quedando edificado.

No se contentaba en castigar su cuerpo por las imperfecciones y pecados propios, sino también por los ajenos, como lo hacía con invectivas que usaba para mover al auditorio á dolor y á penitencia de sus pecados, ya de la piedad con que se golpeaba el pecho á imitación de san Jerónimo, ya á imitación de su devoto san Francisco Solano de la cadena con que se azotaba, ya de la hacha encendida que apagaba en su desnudo pecho, quemando sus carnes á imitación de san Juan Capistrano y otros varios, todo con el fin no solo de castigarse á sí mismo, sino para mover á los de su auditorio á penitencia de sus propios pecados.

No fué menor su mortificación en la privación del sueño por sus continuas y largas vigiliadas. Su descanso solía de ordinario reducirse, mientras estuvo en el colegio, hasta las doce que iba á maitines, y á las doce y media, que es cuando se concluye la oración, proseguía haciendo sus ejercicios, variando todas las noches; una noche los de la muerte, otra los de la cruz, otra la vía dolorosa, otra el aposentillo y otros varios, que solía de ordinario concluir á las cuatro de la mañana, y después se recogía, no para dormir, sino continuando en oración hasta la hora de prima ó de decir misa, la que siendo maestro de novicios, los días que no eran de comunión decía antes de prima, y en el otro tiempo después de concluida esta.

Cuando estuvo en las misiones no eran mas cortas las vigiliadas, como que tenía á su arbitrio toda la noche, y según decían los soldados de la escolta, casi toda la noche la pasaba en vigilia y oración, pues todas las centinelas que se remudaban siempre lo estaban oyendo, y solían decir: *no sabemos cuándo duerme el padre Junipero*, pues solo en las siestas solía tomar descanso, atendiendo á que su compañero ó compañeros estaban velando y celando. Aun los ratos que descansaba y dormía, parece que velaba su corazón alabando á Dios y orando, pues no pocas veces durmiendo juntos, ó ya en tienda de campaña ó bajo de enramada, solía prorumpir con estas dulces palabras: *Gloria Patri, et Filio, et Spiritui Sancto*; y despertándose con tales palabras, le preguntaba: padre, ¿tiene alguna novedad? y como nada me respondía, conocía claramente que estaba durmiendo ó enajenado, ó que era efecto del continuo rezo mental y vocal.



III.

VIRTUDES TEOLÓGICAS.

Habiendo visto la profundidad del cimiento del espiritual edificio que intentó fabricar el siervo de Dios fray Junipero, y las fuertes columnas que levantó de las cuatro virtudes cardinales, y la unión entre estas por otras particulares virtudes y obras de misericordia, que como preciosísimas piedras forman como cerca hermosa y muy vistosa, nos queda que ver lo mas principal del templo, que es como tabernáculo para el *Sancta Sanctorum*, el que forma las virtudes principales, las teológicas, que inmediatamente miran á Dios y la religión que mira al divino culto, las que practicó y tuvo este siervo de Dios en grado heroico, según la doctrina de las dos doctísimas plumas, el cardenal Aguirre y el señor Benedicto XIV ya citados. Veamos la primera, que es la virtud de la

FE.

Esta nobilísima virtud, según San Pablo (ad Hæb. 11, v. 1), es un solidísimo fundamento de lo que se espera y una eficaz y cierta persuasión de las cosas invisibles: *Sperandarum substantiarum argumentum non apparentium*. A esta definición del apóstol se reducen todas las demás que de ella dan los santos padres que tratan de esta virtud, según dice el señor Benedicto XIV (lib. 3. de Serv. Dei beatif. Cap. 23, § I), fundado en la doctrina de santo Tomás. Sobre cuya definición nota el insigne misionero apostólico de Italia nuestro san Bernardino de Sena (Op. tam. 1. Serm. 2 de Dom. Quinq. in princ. pag. mihi 10 col. I) que la llama el apóstol sustancia, como un pedestal sobre el que se sustenta lo principal del edificio espiritual.

Estuvo este siervo de Dios muy adornado de esta solidísima virtud desde que el Señor se la infundió en el bautismo, y empezó á lucir en él desde que le entró el uso de razón, ejercitándose desde entonces en actos heroicos de esta virtud. Fuéronsele aumentando desde novicio en los estudios; concluidos estos, ocupado en ambas cátedras, en la teología instruyendo á sus discípulos en los misterios mas inefables, arduos é imperscrutables (así los llama el apóstol, Rom. 11, v. 33, según lee san Juan Crisóstomo, hom. 4. in Gen.) con toda la claridad que permite el entendimiento humano para la explicación é inteligencia de ellos, como también en la del Espíritu Santo, explicando en los puntos de doctrina estos soberanos misterios de la fe á los mas rudos é ignorantes, con tanta claridad y expresión, que casi podíamos decir con san Gregorio, que su explicación era conocida de los ignorantes sin ser molesta á los sabios.

En su laboriosa vida fué de día en día añadien-

do quilates á esta virtud, los que se ven patentes por las señales que se expresan en su vida, que si se refleja sobre sus tareas apostólicas, veremos con toda claridad que su fe fué grande, pues hallaremos las señales que refiere san Antonino de Florencia que demuestran una fe grande: *fides alicujus magna ostendi potest; primo si alta de Deo sentit* (in Sum. part. 4, tit. 8, cap. 3, § 7). Tan altamente sentía de Dios y de sus divinos atributos cuán alto era su discurso y rara memoria, de tal manera, que al oírlo hablar de la sagrada Escritura parecía que la sabía de memoria, y para explicar los puntos mas recónditos y los misterios mas imperscrutables, parece tenía especial don de Dios, valiéndose de ejemplos, símbolos y comparaciones acomodadas para los mas rústicos y de menos alcance; en cuyas explicaciones manifestaba á todos lo que altamente sentía de Dios, y lo manifestaba no solo por la alta doctrina que enseñaba, sino mas principalmente por el extraordinario gozo y afecto que de ella expresaba, de modo que en estas santas conversaciones y pláticas parecía se enajenaba, de lo que resultaba ser mas largo de lo ordinario, que á muchos, principalmente á los poco devotos de la divina palabra, parecía molesto, y que no faltaba quien dijese no se conformaba con la doctrina de nuestro seráfico padre san Francisco. Pero como este celosísimo misionero era tan docto y leído, tendría muy presente la exposición del seráfico doctor san Buenaventura, sobre el capítulo 9 de nuestra seráfica regla: *In brevitare sermonis*. "Hæc brevitates excludit verborum ambages et sententias involutas, verba etiam ardua super capacitatem audientium... Ista enim abbreviatio non excludit cum expedit, sermonis prolixitatem, quia Dominus ipse aliquando prolixè prædicavit, sicut patet in Joanne (12) et Mattheo (15)."

Del alto conocimiento que tenía de Dios, le vino el desprecio que hacía de las cosas caducas y temporales para conseguir el premio eterno en el cielo, que es la segunda señal que pone san Antonino para conocer la grandeza de la fe de algun siervo de Dios: *Secundo si caduca pro premio æterno contemnit*. Bastante queda dicho del desprecio que hizo de todas las cosas caducas de este mundo de honras, dignidades y empleos, como también el continuo desprecio que hizo aun de aquellas cosas muy precisas para su uso, como libros, ropa, etc.; de modo, que cuando murió no se halló en tanto libro que llenaba el estante, ni uno siquiera que dijese fuese de su propio uso, sino que en todos ellos se halló de letra de este siervo de Dios: *Pertenece á la mision de San Carlos de Monterey*. Lo mismo digo de la ropa de su propio uso, que poco antes de morir la mandó lavar y apartó, quedándose solo con el solo hábito, capilla, cordón y unos solos paños menores, que es lo que le sirvió de mortaja para enterrarlo, manifestando lo amante que era de la santa pobre-

za y el desprecio que hacía de las cosas caducas.

La tercera señal que propone el citado san Antonino para conocer la grandeza de la fe, es la confianza en Dios en todas sus adversidades: *Tertio si in adversis in Deo confidit*. Ya queda dicho arriba que el venerable padre Junipero no miraba á cosa alguna por la adversa, sino aquello que se oponía á la propagación de la fe, conversión de gentiles y reducción de ellos. En los mayores apuros en que se vió, fué el ver que toda la expedición quería volver las espaldas del puerto de San Diego para la retirada á la antigua California, no dando mas tiempo para esperar sino hasta el día de señor san José, como queda largamente dicho en la vida, y en este mayor conflicto puso toda su confianza en Dios, quien lo consoló, como queda arriba insinuado. Casi en igual conflicto se halló en la misma mision de San Diego, cuanto á la reedificación de San Capistrano, y en otros muchos casos que podría referir en prueba de la confianza grande que tenía siempre en Dios.

Y esta grande confianza en Dios le hizo no volver la espalda atrás, sino seguir siempre en la conversión de los bárbaros, cuarta señal que da el citado san Antonino de la fortaleza de la fe: *quarto si a bono opere non desistit*. Vióse claro esta gran fortaleza, con que se resolvió con todo gusto y voluntad el pasar á la conversión de los indios apaches del río de San Sabá; pues no obstante que veía que los tres padres que fueron para dicha conquista, á los dos quitaron alevosamente aquellos bárbaros la vida, y que al tercero hirieron gravemente, librándose solo de milagro y que podía recelar le sucediese lo mismo, no desistió, sino que poniendo toda su confianza en Dios, gustosamente admitió la propuesta del prelado y resolvió ponerse en camino para dicha conquista.

Otras señales pone el señor Benedicto XIV (lib. 3, de servo Dei Beat. et Can. Cap. 23 num. 4) para conocer la heroicidad de la fe, y son, primeramente, la externa confesión de lo que interiormente se cree. Esta señal se vió clara y casi continua en la vida del siervo de Dios fray Junipero por el ejercicio de los actos exteriores que practicaba sobre todos los misterios que con viva fe creía en su interior; y si en sentir de santo Tomás (2. 2. dæ. q. 124, art. 5) cualquiera acto de virtud es una solemne protestación de la fe: *omnium virtutum opera secundum quod referuntur in Deum sunt quadam protestationes fidei*, habiendo sido, según se ve en la vida, casi un continuo ejercicio de actos virtuosos, hallaremos que fué una continua protestación de la fe de este fervoroso siervo de Dios. Secundariamente dice, que se conoce por la observancia de los preceptos, de lo que queda bastante dicho de que no se vió acción alguna que no fuese muy edificante y ejemplar.

No contentándose con solo esto, sino que calaba el que todos los que estaban á su cargo y no-